

**SUSCRICION.****MURCIA.**

Pago adelantado.

Un trimestre ó sean nueve números, 2 pesetas.

**FUERA.**

Suscripción directa, un trimestre 2 pesetas; por conducto de comisionados, 2 pesetas 50 céntimos.

Núm.º suelto 25 cént.

**REGALOS**

de libros en todos los sorteos de la lotería nacional.

**OFICINAS**

calle de Zoco, núm. 5.

Las suscripciones de trimestre se norman para finalizar por los del año.

# EL CHOCOLATE.

REVISTA DE LITERATURA, MODAS Y PASATIEMPOS.

## LAS MANOS.

Quién no ha querido alguna vez tocar el cielo con ellas?

Esta sola consideracion podria bastar para demostrarnos el inmenso poder de las manos y aborrarme á mí la tarea que me he propuesto de sacar á la palestra su importancia, tan superior, en mi sentir, á todo lo que nos rodea que sin ellas es cosa ya bastante averiguada que la humanidad entera vendria á estar dejada de la mano de Dios.

Ah! No quiera la Divina Providencia, cuya mano ha regido siempre nuestros destinos, quitarse ella ni quitarnos á nosotros tan preciosos adyacentes, porque entonces ¿en qué manos andaria el pandero?

Al artículo.

Todo lo bello y todo lo útil, así en el órden físico como en el moral, tienen sin duda alguna su lado feo y su reverso débil y vulnerable; y el juzgar de aquellas cosas por estas ha sido causa de que algunos austeros filósofos y críticos descontentadizos hayan declamado contra el mundo y el hombre con mas dureza y severidad acaso de la que el mundo y el hombre se merecian.

Ved un ejemplo en las mujeres y en las flores. Unas y otras tienen su aroma y sus espinas, su miel y su poquito de acíbar. El filósofo sin embargo, temiendo á la ponzoña, se aparta con horror de las primeras y las anatematiza, en tanto que la abeja, no solamente se llega á las segundas, sino

que las besa, las liba y todo lo convierte en panal. Ahora bien, quién habrá que en punto á mujeres quiera parecer filósofo? no deseamos todos imitar á las abejas?

Pues lo mismo debe sucedernos en la cuestion de manos, porque en ellas tambien, así como en todas las cosas de este mundo, se observa la misma diversidad de cualidades antitéticas y de contrastados usos, siendo hasta ahora difícil de averiguar si el número de los buenos excede al de los malos, ó si unos y otros se dan la mano

El bien y el mal, en efecto, de tal manera unidos residen en nuestras manos que el separarlos es cosa que ya no está en la mano del hombre; y son ejemplos vivos de esta inmensa verdad todas las virtudes y todos los delitos, todas las clemencias y todas las crueldades, todas las esperanzas y todos los desengaños, todas las honras y todas las torpezas, todas las alegrías y todos los pesares, todas las libertades y todas las tiranías, todas las leyes y todas las trampas que la humanidad viene prodigando á manos llenas.

No parece sino que estos dos elementos del bien y del mal, unidos un dia en estrecho y funesto consorcio, vagaron por el mundo á la ventura y sin rumbo fijo, hasta que habiéndose encontrado de manos á boca con el diablo, dióles este por morada la mano del hombre... Quién sabe!... ello es que los hombres tienen cosas que cantan en la mano.

Las manos, pues, han llevado á cabo las

mejores acciones y han practicado tambien los mayores vicios. Ellas hacen el veneno que mata y el antidoto que cura, la merced que alivia y el agravio que ofende, la espada que produce la herida y el bálsamo que la cicatriza, la limosna, en fin, que conquista el reino del cielo y el robo que en la edad presente ha sabido empuñar el cetro de la moda... Qué sarcasmo! un cetro empuñado por unas manos puercas!

Manos hay que saben enjugar nuestras lágrimas y otras que solo sirven para hacerlas derramar; como verbi gratia: la mano de Scévola, la de Bruto, y en general las de todos los hombres poderosos é influyentes en los destinos de las repúblicas, esto es, de todos los hombres que han tenido «mucha mano.»

Manos hay tambien que han sabido llevar la batuta en esa gran orquesta que se llama gobierno y otras que solo saben tocar el violon.

Muchos hombres vagan por el mundo llevando en la una mano el rosario y en la otra un puñal.

Hasta el mismo Dios suele dejar á unos y tener á otros de su mano.

Y en resúmen, los usos de la mano son tan diversos, que así como en apellidos existe un Guzman el Bueno y otro de Alfarache, así tambien sucede en materia de manos: hay manos maestras y manos zurdas, manos de la Providencia y manos de almirez.

Mas para juzgar de la excelencia y poderio de las manos no hay que apreciar á estas por el bien ni por el mal que hayan ejecutado, sino por la multitud de pensamientos y de caracteres, por la variedad de acciones y de costumbres, que han sabido y saben expresar. Hay, pues, necesidad de prescindir por un momento de filosofías, de abejas y de abejorros, para echarnos en busca de la opinion vulgar y ver como esta se explica en materia de manos.

Desde luego puede afirmarse que así como en las manos del rey Midas todas las cosas se convertian en oro, así tambien en las del vulgo todos los objetos se convierten en sustancia, hasta sus propias manos.

Para él no hay hombres rateros, ni desidiados, ni jugadores, ni camorristas, ni vagos; no hay mas que *manos* y *manoplas*, esto es, hombres *ligeros de manos* ó de *manos largas*, hombres *desmanotados* ó de *manos rotas*, hombres que *vienen á las manos*, hombres que se sientan sobre el tapete á *echar una mano* y hombres que eterna-

mente se hallan *mano sobre mano*. La ociosidad, bajo este punto de vista, y la oracion se parecen en que una y otra están con las manos cruzadas.

Todas las escenas misteriosas y al parecer inexplicables, las muertes alevosas y los celos infundados, las intrigas palaciegas, los acontecimientos inesperados, los lances imprevistos, y otra multitud de cosas más, tienen siempre por causa una *mano oculta*.

En los sucesos políticos esa mano oculta se llama ahora *la mano de la reaccion*, y en la belleza de la mujer coqueta y presumida, se llama siempre *la mano de gato*.

El mundo es naturalmente inclinado á la murmuracion; el maldiciente, sin embargo, que deja un dia de morder para alabar puede decirse que ha sentado la cabeza ó que le han *sentado la mano*.

El vulgo es muy demorata y á la luz de su opinion ni existen medianías ni primeros puestos; solo hay *zapes* y *manos*. Nada empieza tampoco, ni nada concluye por la sencilla razon de que en todo pone manos á la obra y en todo suele *dar de mano*.

Las manos, por otra parte, no están solamente en los brazos del hombre; se hallan tambien en las reglas de la etiqueta y del derecho, en el juego y en los salones.

Beso á V. la mano, es el saludo con que las hijas de Eva suelen insinuarse.

*La ga mano* y *breve mano* eran las dos fórmulas de trasferir el dominio entre los romanos.

Existe un juego muy vulgar entre los niños que se llama *manos calientes*, y otro no menos comun entre los reyes que se llama *besamanos*.

Pero ya que de juegos hablamos, á mí el que más me gusta es el billar, y especialmente cuando tengo bola en mano.

Qué de ideas, en fin, y qué de situaciones, qué de circunstancias, qué de dichos, qué de proverbios, no se han expresado por medio de las manos!

Nos gusta una mujer? pues corramos á á pedir su *blanca mano*.

Hemos requebrado con demasiada libertad á una modista, y ella indignada nos responde con algun bofetón? pues sufrámoslo con paciencia y hagámonos cargo de que *blancas manos no ofenden*.

Hay ladrones en casa del vecino? pues toda la cuestion se reduce á cojer al delincuente en el garlito, esto es, con las *manos puestas en la masa*.

Hemos sufrido algun revés de la fortuna

óhase frustrado el mejor de nuestros planes? no importa, esperemos, que al fin y al cabo *lo que está de Dios á la mano se ve've*

Hay cosas, sin embargo, que nunca deben dejarse de la mano ni por negligencia ni por codicia, pues segun dicen, *de la mano á la boca se pierde la sopa* y porque, como todos sabemos, *mas vale pájaro en mano que ciento volando.*

Tomaré la venganza de mi misma mano; dijo Cardenio en un arrebatado de amorosa desesperacion, y esta pequeña frase ha producido entre otras, una larga y prolija discusion entre dos entendidos y reputados académicos (4).

Habria, en fin, con esto de las manos, materia suficiente para llenar entera una mano de papel.

Pero basta de manos, porque la imprenta espera y este mal perjenado articulo mio, tiene aún que sufrir la *última mano.*

J. P. Tejera.

## HISTORIA ANTIGUA.

A Celia.

Voy á contarte la historia que guarda fiel mi memoria de unos ya muertos amores, hojas de marchitas flores que un tiempo fueron mi gloria. Horas de amantes autojos que, ayer flores y hoy abrojos, al robar la dulce calma dieron penas á mi alma y lágrimas á mis ojos. *Mas no te cause desvelo, mi bien, mi cielo.*

Era una niña, una hurí, con quien resbalar sentí de la infancia la edad bella y tan parecida á tí, como una estrella á otra estrella. Blanca era su faz serena cual la pálida azucena y sus ojos celestiales solo á los tuyos iguales reflejaban su alma buena... *Mas no te cause quebranto, mi bien, mi encanto.*

Nació nuestro amor un dia y horas de dulce alegría vinieron de otras en pos;

(4) Sostuviéronla D. Zacarias Acosta y D. Juan Eugenio Hartzenbusch, con motivo de las variantes introducidas por este último en las antiguas ediciones del Quijote.

ay! nuestro amor parecia que era bendito de Dios. Y en mis horas de amargura su imágen cándida y pura endulzaba los dolores; que era un ángel de ternura el ángel de mis amores... *Mas no te cause querrela, mi bien, mi estrella.*

Partí después de su lado y al volver de gozo henchido, vi que el ser que hube adorado por otro amor habia dado sus promesas al olvido. Los ojos de mi apartaba, esquivando mi presencia, y mientras yo suspiraba ella entre risas ahogaba el grito de su conciencia... *Mas no te apene mi historia, mi bien, mi gloria.*

Del dolor la amarga copa me hizo libar á porfia; y es que su pecho de roca no sintió el amor que un dia supo jurarme su beca. Y al ver mi ilusion querida va para siempre perdida lloré mi amargo quebranto, pues va siempre unido el llanto á las penas de la vida... *Mas torna el rostro risueño, mi bien, mi dueño.*

Hoy pasa ante mi orgullosa y no me inspira otra cosa su vista que compasion... ¡Qué lástima! ¡Tan hermosa y no tiene corazon! Mas suspiras y doliente derramas amargo llanto... ¡No flores! alza la frente! que yo perdono elemento á quien causó mi quebranto. *De hoy mas cese mi desvelo mi bien, mi cielo.*

Cárlos Cano.

## NOVELAS DE C. PAUL DE KOCK.

LOS HIJOS DE MARIA.

(Continuacion.)

Un dia un aldeano, que vivia cerca de la casa donde servia Maria, llegó á Paris y fué á ver á la jóven.

—Y mi madre? preguntó ella en seguida?

—Mal... Cada dia peor... Ella dice que no, pero yo creo que es la tristeza de no ver á sus hijos.

Anita no escuchó mas; corrió á buscar á

su ama y le dijo que estaba dispuesta á volverse á su país.

—Cómo! Anita, vais á abandonarme?

—Está mi madre mala y deseo volver al lado de mi madre

—No podeis abandonarme, Anita... mi almacén... Quedaos, yo cuidaré de enviar dinero a vuestra madre, y os daré, además, parte en el comercio.

—No, señora, gracias; quiero ver á mi madre. Permitidme que vaya á verla y después os prometo volver.

—Eso no es posible; yo no puedo estar pendiente del estado de vuestra madre. Sois una ingrata. Cuando os he enseñado todo lo que sabeis, me dejais así... Si os vais no volveis ya á poner los piés en mi casa.

Ana no respondió; arregló su ropa, recibió el dinero que le correspondia por su salario y fué á buscar á su hermano á la tienda del pastelero.

—Pedro, nuestra madre está mala... de tristeza porque no nos ve.

Pedro tiró al aire su gorro de cotton, se quitó el mandil blanco y se despidió buenamente de su amo.

—Cómo, bribon? te vas cuando empezabas á ser hombre de provecho! dijo asombrado el pastelero.

—Ya procuraré serviros cuando vuelva.

—No, no volverás á pisar mi casa, tu nante.

—En ese caso, pasadlo bien. Y se marcharon.

Anita habia logrado reunir algun dinero; Pedro no tenia un maravedí. Tomaron dos asientos en un coche para poder llegar mas pronto, y olvidándose de París y de las esperanzas que allí hubieran podido concebir, solo pensaban en el momento de abrazar á Maria.

El coche condujo á los viajeros, pasando á un cuarto de hora de la hacienda, y nuestros jóvenes devoraron el camino con el afán de dar á Maria una sorpresa. Llegaron y preguntaron por su madre, pero cuánta fué su tristeza y sus lágrimas al verla! Pobre madre! Cómo habia cambiado en seis meses! La ausencia de sus hijos la habia hecho envejecer diez años. La tristeza va mucho mas de prisa que el tiempo.

Anita y Pedro se arrojaron á los brazos de su madre, que no podia creer cierta tanta dicha.

—Qué casualidad es esta? Cómo habeis salido de París?

—Nos dijeron que estabas mala de tristeza por nuestra ausencia... y no nos han engañado... estás cambiada... no queremos abandonarte.

—Hijos míos!... Y sin embargo, en París hubiérais hecho fortuna.

—Oh, sí, dijo Pedro; Anita era la mejor oficiala de su obrador y yo iba á pasar á hacer bizcochos.

—Qué importa! tu salud es antes que todo; ya encontraremos colocacion.

Anita y Pedro fueron á alojarse casa de una vecina. Durante algunos días no se acordaron mas que del gusto de estar junto á su madre, que desde la vuelta de sus hijos habia ido recobrando algo sus colores; después ya trataron de procurarse ocupacion. Pero Pedro no habia vuelto menos torpe y solo sabia hacer pasteles y bizcochos. En cuanto á Anita, sus pequeñas manos, tan primorosas para trabajos delicados, no habian adquirido mas fuerza. Maria lo conocia y solia decirle:

—Este no es tu centro, hija mia: has dejado á París por verme; ya me has visto y debes volverte; allí seguirás siendo honrada y aplicada y tus talentos pueden ayudarte á hacer fortuna.

Anita abrazaba á su madre llorando y Pedro se callaba. Pero pasaban los días, los ahorros de Anita se iban concluyendo y los dos hermanos no encontraban colocacion en el lugar.

Un día el buen aldeano que les habia proporcionado la primera colocacion, ofreció de nuevo sus servicios y prometió colocar á los dos cómodamente en París.

—Sé de un buen almacén de lenceria para Anita; y Pedro podrá encontrar tambien en otro una plaza de hortera.

Maria dijo entonces á sus hijos:—Debeis volveros á París; os he visto y estoy contenta y restablecida. En adelante procuraré consolarme... no quiero ser un obstáculo á vuestro porvenir.

—Pero si te pones mala, volveremos.

Con esta condicion los jóvenes obedecieron y regresaron á París.

Cuando Anita se presentó en casa de la dueña del almacén que debia emplearla, esta quedó sorprendida de las gracias, la belleza y el simpático aspecto de la joven; se esperaba ver llegar del pueblo una rustica aldeana, colorada, rolliza, y mal compuesta y Anita, por el contrario, era pálida, esbelta, y tenia cierto aire de seriedad.

Allí, como casa de la modista, pronto conocieron que habian hecho una buena adquisicion.

Pedro habia entrado en una casa de comision; trataron de enseñarle á contar pero él siempre se obstinaba en que cuatro y cuatro eran doce; y acabaron por no confiarle el menor encargo, porque siempre encontraba medio de equivocarse las señas de los paquetes y mandaba, por ejemplo, á Lyon los objetos destinados á Burdeos.

La dueña del almacén donde trabajaba Anita era una mujer de orden, un poco

pretenciosa, y no sufría que hubiera otra voluntad que la suya; pero tenía su almacén montado sobre un pié bastante aceptable; sus oficialas, y había tres con Anita, debían ser muy formales, á lo menos en la apariencia; no consentía en su casa jóvenes de esos que van solo á divertirse haciendo el amor á las modistas; y de hombres, un joven dependiente de un almacén vecino, era el único que solía ir casi todas las tardes á llevar los libros de comercio.

Este, que era considerado como de la casa, tenía veinticinco años, una figura que no decía gran cosa, maneras afectadas y cierto aire de fatuidad; hablaba campanudo y tenía miedo á los gatos; siempre estaba riendo por enseñar los dientes que eran muy blancos, y le ponía malo el olor de la vainilla; finalmente era muy cumplido y se llamaba Mr. Tominet.

La primera vez que vió á Anita en el almacén, se arregló cuidadosamente el cuello de la camisa, se atusó el pelo y se puso á cantonearse con mucha gracia; desgraciadamente todo fué en vano porque Anita no levantó los ojos de su trabajo.

M. Tominet, como empleado en la casa, tenía frecuentes ocasiones de hablar á las oficialas; estas le encontraban muy amable y muy buen mozo, sin duda porque allí no tenía competidor.

Cuando Tominet acababa los asuntos de sus libros solía ponerse á contar las novedades del barrio, lo que pasaba y también lo que no pasaba; mezclando siempre en sus discursos palabritas galantes para las jóvenes y aun para el ama, con lo cual tenía contento á todo el mundo.

Desde que estaba Anita, pudo notarse que Tominet ponía mas empeño en parecer amable y un cuidado mas escrupuloso en el arreglo de su *toilet*.

—Qué hermosos colores tiene hoy la señorita Angelina, dijo el joven al entrar una tarde en el almacén.

—Os burlais, M. Tominet? yo no estoy encarnada; sabeis que eso me disgusta y sin duda por lo mismo me lo decis.

—Cómo! Me creéis tan mal intencionado?

—Estoy yo colorada, señora?

—Oh no, pero ocupaos de vuestro trabajo, Angelina.

—De todos modos, si yo estoy colorada, en cambio M. Tominet está pálido como un muerto; parece una figura de cera.

—Oh, no tanto, señorita; me encontráis así? bien sé yo la causa: acabo de encontrar un gato en la misma puerta de mi casa.

—Já já já... (Todas las oficialas se echaron á reír menos Anita.) Tener miedo de un gato... Y un hombre!... qué vergüenza!

—Qué quereis? no lo puedo remediar. Es cuestión de nervios... de organismo; Anibal... sí, creo que era Anibal... temblaba cuando veía un ratoncillo... Yo no sé por qué tengo tal antipatía á los gatos. Esta señorita no es tan maliciosa ni burlona; es la única que no se burla de mi debilidad.

Estas últimas palabras iban dirigidas á Anita, que levantó entonces los ojos, diciendo:—Cómo, caballero?

—Decía que érais la única que no se burla de mi desventura.

—Desventura!... Perdonad si no sé qué contestaros; he puesto muy poca atención á lo que hablabais.

El joven se mordió los labios y tomó otra postura.

(Se continuará)

## BALADA FILANDESA.

En el palacio del rey  
está la hermosa Karina,  
brillando como una estrella  
entre todas sus amigas.

Un día le dijo el rey:

—Oye, pequeña, sé mía; (1)  
tendrás mi caballo bayo  
y una recamada silla.

—Dá á la reina tu caballo  
y toda tu pedrería,  
que yo mas quiero mi honor.

—Oye, pequeña Karina,  
tuyo es la mitad del reino  
y mi corona, y sé mía.

—Dále á la reina tu reino  
y tu corona magnífica,  
que yo mas quiero mi honor.

—Oye, pequeña Karina,  
si no quieres escucharme  
yo te quitaré la vida,  
te encerraré en un tonel  
erizado de hojas finas.

—Dáme el castigo que quieras,  
que yo mas quiero mi dicha;  
los ángeles en el cielo  
me curarán las heridas.

En un tonel los esclavos  
pusieron la pobre niña,  
donde las hojas cortantes  
sacaban su carne á tiras.

Y vieron bajar del cielo  
á dos palomas benditas,

(1) En las baladas escandinavas, así como el manto es siempre turquí ó gris y las doncellas siempre altivas, al nombre se añade siempre *pequeña*: la *pequeña Sidlesilla*, la *pequeña Karina*.

que al poco rato con otra subieron volando arriba. Y luego dos cuervos negros al rey quitaron la vida, y al poco con otro cuervo al infierno se volvian.

B.

## LA LABOR ESCUELA.

(RECUERDOS.)

Si es verdad, como dice nuestra simpática colaboradora la señorita Velaviña, que nada hay tan dulce para un alma sensible, como dormirse á la poética sombra del árbol de los recuerdos, ¿cuánto mas dulce será rejuvenecer nuestro corazón con aquellos inocentes y puros de la época mas bella de la vida, de aquella edad en que nuestra tierna alma se halla cubierta aún con el tupido y armiñado velo de la inocencia...?

¡Dichosa edad aquella, en que las páginas del libro de nuestra conciencia se hallan todavía en blanco, sin mancharse con los caracteres de impureza y malicia, que luego pródigamente estampa un mundo despiadado, y excesivamente inhumano...!

Nadie ha de extrañar, por lo tanto, que nosotros en este artículo, consagrado á la memoria de aquellos días felices, busquemos también á la poética sombra de los recuerdos infantiles, alivio y lenitivo á los desengaños presentes.

Y dicho esto para justificar el objeto del artículo, que acaso pudiera parecer trivial, pasemos á ocuparnos del asunto que nos sirve de epígrafe.

Allá por los años de 1840 al 45, existía en la parroquia de S. Bartolomé una *labor-escuela*, que así puede llamarse, porque de las dos cosas tenía, á la que solían concurrir una multitud de niños *utriusque sexus* de aquellos contornos, y, muy especialmente, los que habitaban la angosta pero siempre comercial calle de la Platería.

Doña X\*\*\* era la directora de aquel establecimiento de instrucción primaria, que mas bien que centro de enseñanza, pudiera decirse que era el receptáculo de los recién destetados hijos de Eva, que venían por espacio de seis horas diarias, á transmitir la *jaqueca*, que debieran dar á sus madres, á aquella pacientísima maestra, digna de un buen premio por su gran mérito de tener que batallar con un centenar de mimados y traviesos niños.

Apenas podemos hoy explicarnos la obesidad de aquella señora, que en efecto era inmensamente gruesa. Creemos lo mas natural, que debiera haber estado hecha una

espátula, á juzgar por lo mucho que sufría con aquellos *diablillos*, para quienes se necesitaba una paciencia como la del mismo Job

Sentada en un voluminoso sillón de barnizada morera y asiento tapizado de una especie de espadaña ó enea, esperaba todos los días por mañana y tarde á sus pequeños discípulos de ambos sexos para instruirlos en la doctrina cristiana; pero en particular á las niñas, para enseñarlas á hacer faja y á puntear alguno que otro navajero para sus papás.

Delante de sí tenía una pequeña mesa de pintado pino como la de Espronceda, muy modesta por cierto, sobre la que entre otras cosas descansaban, una gruesa palmeta, *que hacia chuparse los dedos*, y unas disciplinas tan *jugasqueras que danzaban solas*. Aquella mesita, contenía además un pequeño cajón, verdadero *cajón de sastre*, en el que guardaba una infinidad de chucherías, tales como hostias, peladillas, etc., que servían para premiar á sus mas predilectos discípulos.

A su derecha y apoyada sobre la pared se hallaba además una flexible y larga caña—y no de pescar—cortada de los mas frondosos cañaverales que adornan las márgenes del Segura. Esta caña prodigiosa, especie de dedo de la Providencia porque alcanzaba á todas partes, solía servir mas de cuatro veces para llamar al orden á aquella asamblea de *chisgaravis* que se reunía cotidianamente en tan estrecho recinto

Y ya que hemos nombrado, aunque incidentalmente, la pared, diremos que se hallaba cubierta de cartelones con abecedarios y palabras divididas en sílabas, especie de escala cromática literaria para aprender á leer y algun otro con números romanos y arábigos, verdadera clave científica para enseñarse á contar.

No es cosa de hacer ahora una exposición exacta de todas cuantas acciones vinieron á representarse en aquella lejana y venturosa época, y en aquel recinto tan reducido como memorable, pues pretenderíamos un imposible, al quererlas encerrar en los escasos límites de un artículo como este.

No siéndonos esto fácil, procuraremos solo poner algunas de relieve, sino en una forma minuciosa y detallada, al menos con todos los caracteres de verdad que nos sean dables.

Ante todo, hay necesidad de hacer constar que el ingreso de los niños en aquel centro de instrucción y pasatiempo no podía verificarse hasta la tierna edad de tres años cumplidos; esto es, hasta que hubiesen obtenido el grado de licenciados en la facultad de la masticación y deglución.

Esta y otras precauciones reglamentarias,

obedecían sin duda á la imperiosa *ley de la incompatibilidad* en que se hallaba la maestra, de poder propinar á aquellos niños el alimento natural que necesitaban; á no ser que aquella señora hubiese tenido el capricho de convertir su reducida morada en una benéfica casa de maternidad.

No obstante, pues, de obrar con tanta cautela como discernimiento, se presentaban casos muy apurados para la buena señora. Había momentos en que los niños se reunían en masa á celebrar ciertas manifestaciones semi-pacíficas, y llorando y gimiendo se presentaban á la maestra á pedirle... lo que no la era posible dar.

Pero lo mas gracioso no era esto; lo bufo se hallaba, en el momento en que, abandonando los carteles, los silabarios, las fajas ó los navajeros, se declaraban, como si dijéramos en huelga, exigiendo de la buena señora algo mas que aumento de salarios... ¡Ay de aquella pobre maestra, si se descuidaba un poco en concederles lo que de justicia reclamaban! ¡Oh...!, entonces se convertía aquel recinto en un campo de... Agramante; pues tomándose ellos la justicia por su mano... Creemos que la suspicacia del lector podrá llevarle hasta el punto de hacerse cargo de lo que allí pasaria.

Además, para medio comprender lo que ellos hablaban, era preciso tener un intérprete de cada nacion, y si se nos apura mucho, hasta de cada parte del mundo; pues era tal su ininteligible lenguaje, que no habria glosario que nos pudiese sacar de las tinieblas en que nos hallábamos, ocasionadas por la oscuridad de las voces.

Es muy posible que tales niños, que habian convertido aquella *Labor escuela* en una verdadera Babel, empezasen ya á chapurrar las lenguas orientales, que hoy se han impuesto por el nuevo y vigente plan de estudios para aquellos que se dediquen á la Facultad de Letras.

Seria cosa de nunca acabar, si continuáramos refiriendo escenas de esta índole: tocaríamos con el doble inconveniente de molestar demasiado la atención del lector, y necesitar todo el periódico para transcribirlas, cosas ambas que nos están vedadas. Sin embargo, diremos algo de lo que sucedía allí al *dar punto* el día de santo Tomás.

Todos los niños en aquella tarde acostumbraban á llevar de sus casas, y envueltos en *periódicos* parte de los efectos manducables, que en ellas se habian condimentado para celebrar la pascua de Natividad. Sin otra mesa que sus piernecitas, y sin otro mantel que sus vestidos, se solían colocar entre pecho y espalda y *touts ensembles* tan sabrosos y exquisitos manjares. Por supuesto que aquella merienda puede decirse que

era una verdadera *merienda de negros*, puesto que siempre salía alguno que otro arañado. Al terminar tan clásico acto, ó como diría el popular «Noticiero», *tan tradicional merienda*, se levantaba la maestra de su voluminoso sillón, y daba una palmada, que era tanto como decir: «Rompan filas, que ya se ha dado punto.»

Para concluir, debemos manifestar el deseo que nos anima de recompensar de algun modo la paciencia y virtud de doña X<sup>ta</sup> nuestra antigua mentora, que tambien lo ha sido de algunos murcianos, que han dado días de gloria al suelo que les vió nacer, en las ciencias, en las artes y en la política.

No era, en verdad, tan preclaro su talento para que, considerándola como una eminencia, se tratara de erigirla una estatua; ni su génio tan deslumbrador, que se hiciera acreedora á un lugar en *El Monumento de Artistas célebres murcianos*; pero si creemos muy justo se la tenga presente para el día en que se trate de construir un mausoleo, con que esta muy noble y muy leal ciudad conmemore la virtud de sus hijos.

Interin no se levanta ese monumento, que no se levantará, sus discípulos le hemos erigido uno en el corazón, donde con indelebles caracteres están grabados su ilustre nombre y su honrosa memoria.

J. Agulló.

En medio de mi cuarto  
tengo una jaula  
y un pajarito dentro  
canta que canta.  
Mira qué dicha:  
vivir entre prisiones  
con alegría!

Por eso aunque los ojos  
preso me tienen,  
yo canto á las cadenas  
con que me prendes.  
Y eso te extraña?  
no ves mi pajarito  
canta que canta?

B.

Un torero de invierno, queriendo embaucar á un empresario para que le contratase, le hacia una reseña de la última corrida en que habia lidiado. Para comprobar sus palabras, llevaba consigo su compadre, al cual preguntaba á cada momento: «¿Verdad compadre?» Y el compadre contestaba «¡Verdad!» El torero se fué creciendo, y en el calor de la improvisacion, decia que un señor desde un palco le habia echado á la plaza cincuenta mil duros en billetes y una señora principal á su hija. A lo que el testigo, ya muy cargado, afirmó: Mire usted,

señor empresario, y hasta un guardia civil que estaba en la contrabarrera, no teniendo ya nada que tirar á este hombre le tiró un tiro.



—Acúsome, padre, de que he tenido un momento de ira y he pegado á mi perrita, decia una vieja.

—Y eso te apura? pues si le he pegado yo un tiro á un teniente de carabineros y estoy tan tranquilo.



El calor oprime,  
el calor aprieta,  
caliente está el aire,  
la calle es candela,  
el sol un hornillo,  
la atmósfera quema,  
el hombre es estopa,  
la mujer es... hembra.  
estamos en julio,  
los pueblos caldean,  
los cerebros hierven,  
el calor aumenta,  
y si á tanto fuego  
algunos agregan  
el zumo de viña,  
por las ó por nefas  
al menor descuido  
el mundo revienta.



La proteccion que el para-rayos dispensa á los objetos que protege es igual á un espacio circular de doble radio que su altura; por consiguiente, un edificio de 64 metros de longitud quedará protegido por dos barras de ocho metros de altura que disten entre sí 32. Un edificio de 80 á 70 piés en cuadro necesita una aguja en su centro de 17 á 20 piés. Otro de 140 á 160 piés necesitaria una barra de 35 á 40, ó dos de 16 á 20. dispuestas de modo que defendiesen la mayor extension posible.

Las cruces y veletas en torres y puntos altos de los edificios debieran suprimirse, y de no hacer-

lo, proveerlas de una punta metálica con su correspondiente conductor, pues de no tomar esta precaucion. solo se obtiene un enemigo constante que amenaza la destruccion de todo cuanto está bajo su dominio.

PASATIEMPOS.

Charada.

De una y dos librarne espero  
que no soy ni tres y dos,  
dos y tres guárdeme Dios  
de pasar con aguacero  
Una doble se halla en Roma,  
y tres repetida en casa,  
y el todo se guisa ó asa  
para que yo me lo coma.



Enigmas.

Es bien que mi nombre notes  
soy de reloj, de papel,  
de juego, almirez y azotes;  
conmigo se dan revotes  
y es mi cubierta de piel.



Soluciones á los pasatiempos del núm. 22.

A la charada.—Jamon.

A la semblanza.—Berenguer el fraticida.

Al acertijo.—Nube.

A los enigmas.—1.º El candil de brazos.—2.º La cebolla.

A la fuga de consonantes.

Al dar en la cama un beso—dijo un ciego á su mujer;—chica te das colorete?—y besaba en la pared.



AVISO.

En el sorteo de loteria del día 24 obtuvo el premio mayor el número 22,380 y estando en blanco en nuestra lista el número 80, por baja del suscriptor que lo tuvo, no pudimos dar el regalo destinado.

Salto de Caballo remitido por la Sra. del suscriptor Bion.

to	000000 yor 000000	Mi	000000 ta 000000	ri-	000000 ca 000000	lo	000000 en. 000064
000000 No	es-	000000 qui-	ma-	000000 sa-	bi-	000000 do	es
000000 de	000000 al	000000 di-	000000 ma-	000000 bo-	000000 que	000000 be	000000 do
000000 ce	pies	000000 otra	chi-	000000 muy	to-	000000 mia	aun-
000000 mu-	000000 de-	000000 al	000000 en	000000 si	000000 pues	000000 po	000000 ne
000000 del	arri-	000000 lle-	dos	000000 tiem-	don-	000000 mer	ber
000000 dos	000000 gar	000000 pe-	000000 no	000000 tos	000000 sa	000000 vie-	000000 de
000000 lo	va	000000 ba	le	000000 de	co-	000000 de	sin

Empieza en el número 1 y concluye en el 64.

En el número próximo se dará la solucion y los nombres de los suscritores que remitan.